

se ve precisado á recurrir á la efusion de sangre! Los piagnoni, que habian incurrido en esta falta, decayeron en la opinion. Savonarola pareció un intrigante, cuyas pasiones desmentian sus palabras, y que se habia estúpidamente anunciado como un enviado de Dios á aquel inconstante é imbécil Carlos VIII. Un crimen más grande pesaba sobre él: queremos hablar del atrevimiento con que reprendia los crímenes cometidos por la familia del pontífice, en la que se multiplicaban los escándalos, y un hermano daba muerte á otro por no tener rival en el amor de su hermana. Alejandro VI le formó, pues, un proceso de heregia, le prohibió la predicacion, y escitó contra él á los partidarios de los Médicis, los oligarcas y la envidia de las demás órdenes. Protestó el fraile contra la injusta condena de que era objeto (13), y continuó predicando, tanto más escuchado cuanto más los *compagnacci* se burlaban de él y los agustinos le lanzaban el anatema. Francisco de Pulla, fraile menor, le desafió á que probase la verdad de sus predicaciones con un milagro (14), ofreciendo entrar con él en el fuego, y estipulando que se debía creer á aquel que saliera sano y salvo. Puede juzgarse si la multitud acogiera con alegría la esperanza de semejante espectáculo. Savonarola se negó á esta prueba impia, pero Domingo de Pescia, su discípulo, se ofreció á sufrirla. Preparada la hoguera, exigió Savonarola que su campeon entrase con la hostia consagrada, pero los franciscanos se negaron á ello obstinadamente. Pasóse el día en estos debates, y por la tarde una lluvia á torrentes dispersó la multitud.

Decaído el entusiasmo, se convirtió en cólera y en deseo de venganza. Fray Gerónimo fué insultado; y la señoría pudo ya dejarle prender, y enjuiciar sin temor. Diéronsele por jueces quince de sus enemigos. Púsosele en el tormento, para hacer que se retractara de sus revelaciones como mentira; pero desmintió por el contrario las calumnias, y sostuvo que no se creía inspirado, que se fundaba unicamente en las Sagradas Escrituras, y que no era movido por la avaricia y por la ambicion, sino

(13) Savonarola escribió al papa Alejandro: *Dignetur sanctitas vestra mihi significare quid ex omnibus que scripsi vel dixi sit revocandum, et ego id libentissime faciam*, 20 de setiembre, 1497.

(14) Carlos VIII le habia dicho tambien: *haccede un pequeño milagro*.

por el deseo de determinar la convocacion de un concilio, con el objeto de que se reformasen las costumbres, como en los tiempos apostólicos. Condenado al fuego con fray Domingo y fray Silvestre Maruffi, cuando el obispo declaró, al degradarlos, que los separaba de la Iglesia como herejes, *De la Iglesia militante*, añadió Savonarola, y espiró con la confianza de entrar en la Iglesia triunfante (23 de marzo).

No fué un asesinato religioso, sino un asesinato político; y mientras que era maldecido por algunos como un impostor y un demagogo, otros le veneraban como un santo. Viéronse de repente «aparecer escritos, pinturas significativas, medallas, donde estaba adornado con los títulos más gloriosos (BARTOLI).» Poco tiempo después, el pincel de Rafael le daba lugar en el Vaticano entre los doctores de la Iglesia: su retrato figuraba en Santa Maria la Nueva en uno de los vidrios en que está representado Cristo predicando y el nacimiento de santo Domingo. Catalina de Ricci le invocaba en sus oraciones; lo que fué causa de que, cuando se trató de beatificarla, se comenzó á discutir sobre la inocencia de fray Gerónimo, y San Felipe de Neri, que conservaba su retrato en su cuarto, rogaba á Dios que su memoria no fuese reprobada. No lo fué en efecto: léjos de esto, sus imágenes se extendieron y guardaron en las casas, así como las medallas donde se le designaba con el título de doctor y de mártir: en fin, durante dos siglos, en el día del aniversario de su suplicio, los mancebos sembraban de flores el lugar manchado con aquel acto de iniquidad (15).

(15) *La vida de Savonarola* por Burlamachi, fué publicada en 1764 en Luca, en las *Miscellanei del Baluzio* por Poggi, con una estensa apologia: habiéndole contradicho un florentino, empleó nuevos argumentos, y hasta comentó el proceso de Savonarola (t. IV, 525). Francisco Meyer de Jena ha publicado, en 1836, varias cartas de Alejandro VI, en que se habla de Savonarola como precursor y émulo de Lutero. P. J. Carle, en su *Historia de fray G. Savonarola*, Paris, 1842, lo convierte en un santo, presa de las malas pasiones de la época, en un mártir de la verdad y de la virtud. Ortodoxo en teología, moderado en política, atacó los vicios, que no saben nunca perdonar. Champollion-Figeac ha publicado en los *Documentos inéditos sobre la historia de Francia*, tom. I, p. 774, una carta de Luis XII á la señoría de Florencia, para obtener una dilacion á toda sentencia que se pronunciasse contra Savonarola antes de que el rey hubiese hecho conocer su opinion.

## CAPÍTULO IV

LUIS XII.—LOS BORGÍAS.—JULIO II.

El día en que el juicio de Dios por el fuego debía hacerse en Florencia (4 de abril de 1498), Carlos VIII murió en Paris á la edad sólo de veinte y ocho años, dejando el recuerdo de un príncipe libertino, indolente, ambicioso y veleidoso. Tuvo por sucesor á Luis XII, que poco estimable como duque de Orleans, educado en el libertinaje y en los excesos, tal vez porque Luis XI, su suegro, hubiera deseado reducirlo á un estado de nulidad, cambió de naturaleza al ascender al trono, y protegió los derechos del mayor número, de tal manera, que fué apellidado el padre del pueblo, ó por una burla, que es en alabanza suya, padre de los villanos. Hablaremos en otra parte de lo que hizo por la Francia. Por lo que respecta á Italia, manifestó al tomar el título de rey de las Dos-Sicilias y de Jerusalem, y el de duque de Milan, la intencion de sostener sus pretensiones como descendiente de Valentina Visconti y como heredero del príncipe de Anjú (1). Fué impulsado á ello tanto por la política interior como exterior. La guerra se consideró siempre por los reyes de Francia como necesaria para deslumbrar, para ocupar fuera las fuerzas inquietas de la nacion, y proteger sus fronteras mejor que con fortalezas. Por otra parte, si Luis XII hubiera dejado subsistir las pequeñas potencias de Italia, éstas hubieran concluido por aniquilarle.

Entre aquellas potencias predominaba entonces Ludovico el Moro, de un carácter muy activo y con una alma muy baja, amaba las letras, y llamó á su corte á sabios é historiadores, formando con ellos una academia de bellas artes y ciencias; au-

mentó el edificio de la universidad de Pavia y comenzó en Milan el lazareto (1489), probablemente sobre los planos de Bramante. Este arquitecto que habia atraído á sí con fuertes pensiones, construyó entonces la tribuna, y cúpula de la iglesia de las Gracias, el vestibulo de San Celso, la iglesia de San Sático, y el claustro de San Ambrosio; al mismo tiempo Leonardo de Vinci pintaba su admirable cena en el refectorio de las Gracias, aplicaba en el nuevo canal de la Martesana los sostenes que se llaman conchas, fundaba una escuela de donde salieron los Luini, César de Sexto, Lomazo, Marcos de Ogiorno, Salaini y Boltraffi.

Incompleto tanto en sus buenas como en sus malas cualidades, Moro confiaba en su habilidad política para poder dirigir á su antojo los negocios de la Italia; mas espantado de las pretensiones de que no se habia inquietado cuando habia llamado á los franceses, acumulaba los tratos y las alianzas; trataba de impedir que los florentinos se uniesen á Venecia y le abandonasen á Pisa. Pero imitando los venecianos lo que habian altamente reprobado por su parte, no titubearon en arreglarse con el rey de Francia, reconociéndole como duque de Milan, mediante la cesion de Cremona y de la Geradadda. Por otra parte, con objeto de obtener aquel rey la disolucion de su detestada union con Juana de Francia, y poder casarse con la viuda de su predecesor, heredera de la Bretaña, adulaba á Alejandro VI.

La guerra no se hacia ya en Italia sino por los aventureros. Además del célebre Juan Jacobo Trivulzio, Baglione, Marcos Martinengo de Brescia, Galeazzo de San Severino, Appiano de Piombino, Carlos Orsini, Bartolomé é Alviano, Pablo Vitelli de Civita de Castello, que fué decapitado por traidor á los florentinos, tenian gran reputacion de valor. Ludovico el Moro tenia gran necesi-

(1) Luis, hijo segundo de Carlos V, se casó con Valentina Visconti de la que tuvo dos hijos, Carlos, origen de la casa de Orleans, y Juan, de la de Angulema, que sucesivamente llegaron al trono. Luis XII era hijo de Carlos.

dad de ellos; pero Trivulzio se había declarado su enemigo mortal: San Severino, su general, había desertado de sus banderas; los demás se habían visto precisados á permanecer en su casa, para defender sus hogares contra el duque de Valentinois. Entre sus aliados, Maximiliano, á quien los italianos llamaban *poco dinero*, estaba ocupado en oprimir á los suizos: y además ¿qué había que aguardar de este príncipe? Federico, rey de Nápoles, sólo pensaba en remediar los desastres que el país había sufrido; sólo Bayaceto I, cuya desconfianza escitó Moro contra Venecia y la Francia (2), envió al Friul á Escander, bajá de Bosnia, que asoló el país hasta la Livenza, asesinando todos los prisioneros que había hecho (1499).

Este fué un nuevo motivo de odio contra aquel perpétuo agitador de la Italia; así es, que cuando los franceses bajaron á ella al mando de Trivulzio, que como traidor se veía ahorcado en efígie en muchos puntos de la ciudad, lleno el pueblo de impuestos, y fatigado con aquella tortuosa ambición, dió muerte al ministro de Hacienda objeto habitual de las maldiciones de los milaneses, y desprovisto Ludovico el Moro de socorros y consejos (3), después de haber aprovisionado el castillo de Milan, huyó á Alemania por la Valtelina. Entonces se insurreccionó el pueblo por todas partes, el rey Luis XII llegó cuando todo estaba consumado; y habiéndole entregado por traición el castillo, entró en Milan celebrado como mensajero de paz y de libertad. Restituyó á los nobles el derecho de caza que los Esforcias se habían reservado, emancipó á los prelados de la obligación de proporcionar cada uno un toro para la mesa ducal, aumentó el sueldo de los profesores, acogió á los letrados y artistas y armó caballeros. Sustituyó al consejo secreto un senado, compuesto de

(2) Luis el Moro, en una carta del archivo Trivulziano con fecha 29 de julio de 1499, se lamenta de que se hubiese esparcido la noticia de que había visitado á los turcos: *Sin embargo, añade, juramos por nuestra alma que no es verdad que los turcos se hayan movido á instancia nuestra, ni que jamás hayamos trabajado á fin de que se moviesen.* En otra, que es el 15 de los Documentos de *Historia italiana* publicados por Molini, dice: *En nombre de Dios juro que jamás he enviado á decir cosa alguna á los turcos.* Ahora bien, Corio al fin de su historia, inserta en la comision conferida con tal objeto por Luis á sus emisarios, «segun consta de la minuta de la instruccion que su excelencia entregó á Ambrosio Bugiardo y á Martin de Casale, que decia así,» etc.

(3) Luis el Moro escribia lo siguiente á su embajador en Suiza: *Maese Visconti, no os podemos explicar el estermínio y el gran terror en que nos hallamos, viendo que en un instante vamos á perder esta ciudad y el resto del Estado; si inmediatamente no acude en nuestro auxilio un numeroso ejército. No tenemos palabras con que expresar la angustia de nuestra posicion, reducidos como estamos á encerrarnos en esta fortaleza, donde aguardaremos la venida de su majestad, que nos libre de tal apuro; no nos queda más recurso que la muerte.* ROSMINI, *Historia de Juan Jacopo Trivulzio*, p. 722.

dos prelados, cuatro miliares y once togados vitolicios, bajo la presidencia de un gran canceller; tribunal supremo que podia suspender los decretos reales á imitacion del parlamento de Francia.

Era conocido Trivulzio por su orgullo é implacable severidad militar. Encargado en 1483 en el ejército de la liga de reprimir á los merodeadores, envió á varios al patibulo. Irritados los soldados con aquel desacostumbrado rigor, formaron entre sí una asociacion, á cuya cabeza pusieron á un papa, cardenales, arzobispos de su creacion, y cada vez que el grito de *falsetta* (falsario) se lanzaba, debían tomar las armas y correr hacia aquellos que les oponian un obstáculo. Caminaban de esta manera entrando á saqueo y á rescate el país comarcano. Con el objeto de disipar Trivulzio aquella liga asesina, llegó hasta degollar con sus propias manos. Tales eran los ejércitos y tales los capitanes de aquella época.

Se hace un cargo á Trivulzio de haber servido á los extranjeros contra su patria, como si los capitanes aventureros hubiesen tenido otro lealtad que la de obedecer á aquel á cuyo estipendio estaban. Tal vez evitó á su país algunas asolaciones é imposiciones muy onerosas; pero nombrado gobernador de Lombardia con poder para armar cuatrocientas lanzas italianas, mandadas por hombres elegidos por él, se dejó arrastrar por los rencores del destierro. Favoreció implacablemente al partido güelfo, y no se acordó más después de la victoria, de aquellos á quienes debía su elevacion (4). No cesaban, pues, todos los nobles de quejarse de su dureza, y echaban de menos el régimen caído (1500).

Sin embargo, viendo Ludovico el Moro que Maximiliano no ambicionaba más que su dinero, prefirió gastar lo asalariando tropas en la Suiza, almacén comun é inagotable, en el que cada partido se proveia de alabardas. Habiendo reclutado un buen número de ellas, volvió á pasar los Alpes para arrojar á los franceses, siempre deseados desde lejos y detestados de cerca como señores. El mariscal Trivulzio, maldecido é insultado, se retiró sembrando la muerte; y Ludovico el Moro volvió á entrar aplaudido, en febrero, en aquella Lombardia de donde se había marchado execrado en noviembre. ¿Se dirá por esto que el pueblo es voluble? Es que desea estar mejor, y cree á aquellos que le prometen consolarle: cuando se ve engañado, añade al odio á las instituciones que no han mejorado el deseo de vengarse de los que le han vendido. ¿De quién es la falta?

(4) Estas faltas están confesadas por Rosmini, su panegirista. En la misma época vivia Francisco Gonzaga, príncipe de Mantua, que primeramente fué capitán general de los venecianos, y mandó el ejército en Fornovo contra los franceses; después en 97 servia en el ejército imperial; en 1501 guió de nuevo á los venecianos contra los franceses en el reino; en 1506, tenia á sus órdenes el ejército del papa, y lo condujo contra Bolonia; por último, en 1508, uniéndose á los franceses, hostilizaba á Génova y á Venecia.

Pronto se vió rodeado el Moro de pequeños príncipes que habían vuelto á los feudos conquistados por los franceses, y se fortificó con alianzas. Pero Luis XII hizo otro tanto, y después de haberse asegurado la amistad de los suizos, única infanteria entonces, los hizo que llamasen á los hombres que estaban al servicio de Luis. Esto era romper la espada en las manos de un combatiente; y en efecto, vencido el Moro se vió precisado á refugiarse en Novara. Como saliese disfrazado con la guarnicion suiza (abril), fué conocido y conducido á Loches, donde pudo meditar duramente los otros diez años de su vida que permaneció prisionero allí, sobre los tristes resultados de su política versatil. Conservó, no obstante, tan gran idea de su habilidad, que desde el fondo de su prision quiso dar consejos y arreglar los destinos del mundo (5).

Perteneció, pues, la Lombardia á los franceses, excepto Cremona, que fué abandonada á los venecianos á título de compensacion. Puesto Trivulzio á la cabeza del gobierno, irritó de tal manera á sus conciudadanos, que el rey le quitó de aquel puesto.

El duque de Valentinois.—Regocijábale Alejandro VI de los adelantos de la Francia, y no menos que el César Borgia, que renunció á la púrpura cardenalicia, que había deshonrado, para adornarse con el título de duque de Valentinois, que había obtenido del rey, y que igualmente deshonró. Este disoluto ambicioso, verdadero héroe del crimen, tenia la costumbre de decir: *Lo que no se hace por la mañana se hace por la tarde.* Cuando tenia necesidad de dinero, enviaba á asesinar al primero que se le ocurria; y nadie se atrevia á pedir justicia de sus crímenes, por temor de sufrir la misma suerte. Hizo arrojar en el Tíber á su propio hermano, porque era el amante preferido de Lucrecia, hermana de ambos. Intentó envenenar á uno de sus cuñados, y no habiendo podido conseguirlo, entró en su casa y lo hizo estrangular, sin ocultarse; degolló bajo el mismo manto de Alejandro, á Peroto, favorito del pontífice (6).

(5) Se ha publicado su testamento, descubierto en estos últimos años.

(6) La manera indiferente con que están referidos estos crímenes en el *Diario* de Bucardo, asusta aun más que los mismos crímenes.

«El sábado 4 de setiembre, llegó la noticia del matrimonio verificado entre Alfonso, hijo mayor del duque de Ferrara, y la señora Lucrecia Borgia, hija del papa. El domingo después, la dicha dama Lucrecia fué á caballo á la iglesia del pueblo, vestida de brocados de oro rizado, acompañada de trescientos caballos, y delante de ella cabalgaban cuatro obispos.—El lunes siguiente, dos bufones, de los cuales el uno á caballo, á quien la dama Lucrecia había dado un vestido de brocado que había estrenado la víspera, y de valor de 300 ducados, cabalgaban por las calles principales gritando: ¡Viva la muy ilustre duquesa de Ferrara! ¡Viva el papa Alejandro, viva, viva! El otro, que iba á pie, y que también había recibido un vestido de regalo, gritaba también.—En 9 del dicho mes fué ahorcada una mujer que había degollado á su marido. El vier-

Semejantes escesos no podían acaecer sino en un país donde ambas autoridades se encontraban reunidas; pero hacian conocer cuán oportuno había sido el remedio del celibato eclesiástico, cuando el hijo de un sacerdote llevaba hasta tal punto la audacia.

El duque de Valentinois, cuya divisa era *Cesar ó nada*, se lisonjeaba de llegar á constituirse un dominio independiente en medio de los pequeños príncipes que se dividian la Romaña. Pocas ciudades habían conservado en ella el gobierno municipal, como Ancona, Asis, Espoleto, Terni y Narni; las demás estaban á merced de los vicarios pontificios, que prometían á la Santa Sede un censo anual que no pagaban; Julio César Varano dominaba en Camerino; Juan Fogliano en Fermo; Guidoaldo de Montefeltro entre la Toscana y las Marcas; Vitellozzo Vitelli en Civita di Castello; Juan de la Rovere, señor de Sinigaglia, aguardaba la herencia del ducado de Urilino; Perugia tenia por señor á Pablo Baglione; Pésaro á Juan Esforcia, Imola y Forli, á Octavo Riario; Rímini á Pandolfo Malatesta; los venecianos sostenian á Astor Manfredi, señor de Faenza y de Val de Lamone; en Bolonia los Bentivoglios, y en Ferrara el duque Hércules, no se consideraban absolutamente dependientes del papa aunque se titulaban sus vicarios.

Prolongábase la vida feudal entre estos pequeños tiranos mezclada á la cultura intelectual y á las astucias modernas: abrian un asilo á las gentes de letras como también á los rebeldes de los Estados vecinos, proporcionaban cardenales al sagrado colegio y capitanes aventureros á los que los pagaban; impulsados por pequeñas animosidades y queriendo sostener grandes pretensiones con cortos medios, recorrían á las perfidias, á los puñales y á los venenos (7); y la opinion aceptaba como apología del crimen la audacia con que se cometían.

A veces bandas de asesinos se organizaban en

nes llegó al papa la noticia de que Piombino se había sometido á su obediencia.—El último domingo de octubre por la tarde, cincuenta prostitutas honradas llamadas cortesanas, tuvieron una cena con el duque de Valentinois en sus aposentos en el palacio apostólico: después de cenar... Apenas se puede creer y referir lo demás.

(7) «La Romaña, antes que fuesen destruidos en ella por Alejandro VI los señores que la dominaban, era un ejemplo de toda clase de perversidades, pues allí se veían por cualquier causa leve asesinatos, y además grandes robos. Provenia esto de la maldad de aquellos príncipes, no de la mala índole de los hombres, como se decía; porque siendo pobres y queriendo vivir á costa de los ricos, tenían que dedicarse á robar, y hacerlo de varios modos. Entre otros desmanes, establecian leyes, prohibían alguna accion, y después eran los primeros que daban margen á la inobservancia de aquellas, sin castigar nunca á los transgresores hasta que habían reincidido varias veces en la misma culpa, y entonces castigaban, no por celo de la ley, sino por codicia de la pena. De donde se originaban muchos inconvenientes, y sobre todo el de empobrecerse y no corregirse los pueblos, procurando los que se empobrecían dominar á los inferiores.» MAQUIAVELO, *Discursos*.

suas tierras, y el señor que se consideraba bastante fuerte para insultar al feudatario, se abandonaba á todo el furor de sus pasiones. Un caballero de la Umbria estrelló contra la muralla á los hijos de su enemigo, degolló á su mujer en cinta, y clavó en la puerta á otro niño como trofeo de su venganza (8). Oliverotto, educado por Juan Fogliano, señor de Fermo, su tío materno, se fué á servir á las órdenes de Pablo Vitelli; después de haberse señalado por su valor, escribió á su tío espresándole el deseo de mostrarse en su patria con los honores que merecía. Fogliano le permite ir con cien caballeros, le prepara un solemne recibimiento, y le ofrece un gran banquete, al que fueron convidadas todas las autoridades de Fermo; pero en medio del festín, Oliverotto hizo degollar á su bienhechor y á sus convidados, y después proclamase señor.

Aun tenía más que sufrir el territorio de Roma, si es posible, por parte de los Orsini, al Occidente del Tíber, y de los Colonna al Levante; los primeros eran güelfos, los segundos gibelinos, unos y otros ejercían su valor en venganzas privadas, cuando no podían ponerlo á sueldo de los extranjeros; y «con las armas en la mano á vista del pontífice, le consideraban débil é impotente» (MAQUIAVELO). Las tierras eran de continuo assoladas; y los cultivadores, en pequeño número, se veían precisados á refugiarse en las plazas amuralladas, dejando la desolacion y los malos aires invadir los campos.

La misma Roma, en su parte material, llevaba el sello de los pasados siglos y de las sucesivas dominaciones del Imperio, el catolicismo, el concejo y los derechos feudales. Veíanse allí templos, basílicas, termas convertidas en iglesias; elevábanse castillos y baluartes donde antes los edificios romanos; cada palacio representaba un feudo en compendio, traslado del campo á la ciudad y sometido á los convenios gerárquicos, y la torre del vasallo no debía llegar á la altura de la del señor. Cada barrio puede decirse que pertenecía á una familia: á los Colonna el Esquilino, á los Orsini la plaza Navona, á los Vico el Transtevere, otros colados á los Savelli, ó á los Frangipani; estaban separados por muros y puertos; en el medio y al rededor de la isla se acumulaba la plebe pobre y turbulenta; y en el Vaticano se defendía el papa cerrando con el castillo de Sant' Angelo el paso del Tíber. Todos se miraban con una envidia propia de enemigos, y oponían las inmunidades al ejercicio de la autoridad pública, abriendo cien asilos á los mil delincuentes.

El papazgo era el alma del país sin industria ni agricultura, atrayendo el oro de todo el mundo y un pueblo de clérigos, notarios, prelados, banqueros poderosos, peregrinos; poblacion ondulante que se sustraía también á toda ley. Creábanse

(8) RIPAMONTI, *Hist. Medi.*, VII, 667.

millares de empleos para el servicio de la corte y de la dataria; y como redituaban mucho, se vendía hasta la expectativa de alcanzarlos, y se negociaban á la alza y á la baja como hoy las rentas públicas. Prelados, cardenales, obispos, mitad sacerdotes y mitad príncipes, dejando sus iglesias, iban á Roma á gastar, á disfrutar, á ostentar un gran lujo, á intrigar en medio de la elegancia y la licencia. Toda familia ilustre de Italia quería tener un hijo en el sacro colegio, como apoyo, lustre, ganancia; cada cardenal estaba cercado por una corte de guardias, camareros, lacayos, bufones, cantantes, poetas; sin mencionar lo peor. Toda esta riqueza era sólo vitalicia; así que ninguno se cuidaba de hacer economías ni de mejorar los fondos, sino únicamente de refinar sus goces, á cuya sombra existía (alianza no rara) un feroz instinto de sangre y de traiciones, como si el deleite fuese más grato cuando le amenazaba una muerte violenta. Los venenos imperiales se destilaban aun por nuevas Canidias: los puñales del Viejo de la Montaña estaban á sueldo; procedíase (dice el cardenal Caraffa) á cometer homicidios, no sólo con el veneno, sino también abiertamente con el cuchillo y la espada, por no decir con escopetas. Era, en suma, una comedia licenciosa, que tenía por intermedio asesinatos.

En medio de los odios, desórdenes y descontento popular, Alejandro esperó poder, á imitación de Sixto IV y Luis XI, reducir las pequeñas soberanías á una sola, como lo exigían el orden de cosas que sucedía al de la Edad Media. En su consecuencia, pensó formarse un apoyo con el favor del pueblo, repitiendo César Borgia que el que quiere dominar á los grandes debe hacer mucho por los pequeños. Creáronse, pues, inspectores de las prisiones, para escuchar los agravios de los que estaban presos injustamente; encargóse á cuatro jueces el restablecer la autoridad de la justicia en Roma, donde no se hizo sentir el hambre, mientras él ocupó la silla pontificia, y nunca se defraudó su salario al artesano.

¡Feliz si no hubiera empleado más que semejantes medios! Pero pensó que la perfidia y las crueldades le eran permitidas para conseguir sus fines: vendió su alianza á los poderosos por dinero y matrimonios; sembró la enemistad entre los pequeños señores, para poder aniquilar los unos después de los otros; comenzó por arrojar de Imola y de Forli á los sobrinos del papa Sixto IV; después se unió á los Orsini para dominar á los Esforzias de Pésaro, á los Malatesta y á los Manfredi; luego que ocupó todas sus plazas fuertes, se volvió contra los Orsini; y después de haberlos avasallado, tomó á su sueldo á todos los pequeños señores. Se servía para cumplir esta obra ambiciosa del brazo de su hijo, que resuelto á engrandecerse no consideraba los medios; persuadido de que el éxito le haría perdonar la iniquidad del camino que hubiera seguido para alcanzarlo. Este era también el modo de pensar del padre; y se decía proverbial-

mente que el papa no ejecutaba sino lo que decía, y que, por el contrario, el duque de Valentinois no decía nunca lo que ejecutaba.

Habiéndose hecho César Borgia capitán de aventureros, atrajo bajo sus banderas, con el cebo de un sueldo mayor, á los mercenarios que estaban al servicio de los Orsini y de los Colonna, encontró además una ayuda más poderosa en el apoyo del rey Luis XII, que le proporcionó soldados, y declaró que consideraba como hecha á sí mismo toda hostilidad contra el duque de Valentinois. Ya toda la Romaña estaba en su poder, excepto Bolonia; distribuyó entonces Alejandro doce capelos de cardenales á sus hechuras, é hizo declarar á su hijo duque de Romaña por aquellos á quienes acababa de revestir con la púrpura. El nuevo duque quiso merecer bien del país devolviéndole la seguridad. Horribles é inesperados suplicios destruyeron á los bandidos y rebeldes, y hasta el mismo Ramiro de Arco, ministro de aquella implacable justicia, fué pronto objeto de execración, arrastrado al cadalso y descuartizado.

Su ambición le hizo entonces dirigir la vista sobre la Toscana, el Boloñés, las Marcas y el ducado de Urbino, y se dispuso á conquistarlos con su rapidez acostumbrada, ayudado de los socorros del extranjero (9); pero Bentivoglio se acogió bajo la protección del rey de Francia. Entonces el duque de Valentinois le reveló sus tramas con los Marescotti, y Bentivoglio, obligó á su hijo y á los de los principales nobles boloñeses á asesinar á todos los miembros y adherentes de aquella poderosa familia, que se encontraban en Bolonia.

En Toscana, Siena había concedido gran auto-

(9) Maquiavelo decía á los florentinos: «El que ha observado á César Borgia sabe que para conservar los Estados que posee, no ha tratado jamás de contar con la amistad italiana, habiendo estimado siempre poco á los venecianos, y á vosotros aun menos. En tal virtud le conviene adquirir en Italia dominios capaces de darle una seguridad independiente, y de hacer que deseen su amistad otros potentados. Que su ánimo es aspirar á la soberanía de Toscana, como más próxima y apta para constituir un reino en union de sus demás Estados, y que tiene formado tal proyecto, es indudable, tanto por las cosas que van dichas, como por su ambición, y también por haber vacilado en convenirse con vosotros y no haber querido concluir nunca nada. Resta ahora examinar si el tiempo es á propósito para que dé cima á su obra. Recuerdo haber oído decir al cardenal de los Soderini, que entre otras alabanzas debidas al papa y al duque, se contaba la de que conocen la ocasión de ejecutar un proyecto y saben aprovecharlo perfectamente: opinión demostrada por la experiencia de las cosas que han llevado á cabo en el momento oportuno. Ahora bien, si tuviese que dar mi dictámen sobre la oportunidad de verificar el plan anterior, diría que no ha llegado; pero, considerando que el duque no puede aguardar al partido vencido, por quedarle poco tiempo, en vista de la brevedad de la vida del pontífice, debe suponerse que aprovechará la primera ocasión que se le presente, y que confiará á la fortuna gran parte de su causa.

alidad al capitán aventurero Pandolfo Petrucci, que gobernaba con severidad, pero con moderación, como ciudadano y no como señor; asustado del peligro que le amenazaba, compró la protección de Luis XII. Florencia había quedado arruinada por su desgraciada guerra contra Pisa, á la que no había podido subyugar, por la incierta amistad del rey de Francia, las rivalidades de todos sus vecinos y las intrigas de los Médicis, que maquinaban siempre su restablecimiento. Luis XII le proporcionó tropas para someter á Pisa; pero los pisanos condujeron á sus embajadores delante de la estatua de Carlos VIII, suplicándole no quisiese destruir la obra de su buen rey; y al mismo tiempo se adelantaron quinientas doncellas vestidas de blanco y con los cabellos esparcidos, que suplicaron á los franceses, como defensores de los huérfanos y como campeones de las damas, no hiciesen peligrar el pudor de tantas honestas doncellas; después comenzaron á cantar delante de una imagen de la Virgen, de un modo que tanto conmovía, que no hubo un francés que no derramase lágrimas. Por mas que se obstinó el capitán Beaumont en querer sitiarse con franceses á aquella amiga de la Francia, el ejército se desbandó. Al momento las damas de Pisa salieron de la ciudad para buscar en los bosques y en los campos los enfermos y los heridos, que trasladaron á ella, consolándolos y tomándolos bajo su protección (10).

Apenas Florencia (1501) despidió las bandas que tenía á su sueldo, después de haber concluido una tregua con sus vecinos, cuando el duque de Valentinois compró sus servicios, como para ayudar en su expedición de Nápoles al rey Luis XII, á cuyo ejército debía reunirse en Piombino. Pidió en su consecuencia el paso por Florencia; pero apenas entró en su territorio, cuando exigió de ella el pago de 36.000 ducados. Habiendo entonces sitiado á Piombino, que defendía Jacobo Appiano, se apoderó de ella, conquista con la que el papa tuvo tal satisfacción que llegó en persona á gozar de aquel triunfo.

Sin embargo, no aprovechándose Luis XII del ejemplo de su predecesor, pensaba en Nápoles, donde los franceses tenían una mancha que borrar: en lugar de aceptar las buenas proposiciones de Federico, prefirió tratar con Fernando el Católico, deseoso siempre de poseer aquel reino, y se convino entre ellos en Granada, que se lo dividirían. Fiel el monarca español á su política, envió á Nápoles á Gonzalo de Córdoba; recibióle Federico con la confianza de un pariente y de un aliado, sin sospechar una traición; pero sorprendido cuando menos esperaba, apenas tuvo tiempo de huir á Ischia, donde renunció todos sus derechos al trono, estipulando una amnistia en favor de aquellos que le habían quedado fieles, y el condado de Anjú para sí mismo. Su hijo se defendía aun en Taren-

(10) JUAN DE AUTUN.

to. El *gran capitán* juró sobre la hostia respetar su libertad, pero apenas le entregó este príncipe la plaza, cuando le envió prisionero á España por toda su vida.

Fernando el Católico había dado á entender al papa que aquella conquista le era necesaria para marchar contra los turcos. Encontráronse los pueblos sin medios de resistencia, espuestos á sufrirlo todo de las infames licencias de Borgia y de las crueldades de una soldadesca aguerrida en la matanza de los americanos. Franceses, españoles y capitanes italianos rivalizaron en valor é inútiles proezas, tanto en batalla campal, como en desafíos particulares: en el célebre combate de Barletta, por ejemplo, en el que trece campeones italianos sostuvieron, contra igual número de franceses, que su nación no cedía á ninguna en valor. Pero esta es una cosa que debe demostrarse en el campo de batalla y alcanzando el triunfo.

A pesar del valor de Luis de Armagnac, duque de Nemours, que mandaba las tropas francesas. Gonzalo hizo triunfar á los españoles, y consiguió una memorable victoria en Cerinola (28 abril de 1503). Durante este tiempo se negociaba la paz, y se convenía en dar el reino de Nápoles al joven Carlos de Austria, nacido de la hija de Fernando y del hijo de Maximiliano. Confiado el *buen Luis* en los términos de los tratados, mandó á Luis Armagnac cesase las hostilidades. Protestando entonces Gonzalo que no había recibido órdenes, pero en realidad cómplice de la traición de su amo, tomó posesión de todo el reino, y los esfuerzos de Luis para volver á ganar el terreno perdido fueron enteramente inútiles. De esta manera es, como la tan vituperada perfidia italiana sucumbía otra vez á la buena fe alemana, á la grosera franqueza suiza, al honor francés y á la lealtad castellana.

Los que vergonzosamente se habían dividido un reino, que pertenecía á otro, pronto se querellaron sobre los límites de sus posesiones; y Gonzalo pretendió tener la Capitanata, donde el paso anual de los rebaños para ir á invernar á la Pulla, producía hasta doscientos mil ducados de peaje.

Dispuesto siempre el emperador Maximiliano á prometer á todo el que le pagaba, é incapaz de terminar nada, no había hecho más que aumentar los obstáculos. Negaba al rey de Francia la investidura del ducado de Milan, y hacia preparativos para ir á recibir la corona á Roma y para una cruzada contra los turcos; porque, en aquel siglo, la cruzada era el preámbulo de todos los tratados, el tema de todas las arengas, los grandes sacaban partido de esta idea, y los políticos se reían de ella (11).

(11) Maquiavelo escribe á Guicciardini, con fecha 18 de mayo de 1521: «Le respondo en pocas palabras y mal dispuestas, fundándome en el diluvio que debe haber ó en el turco que debe pasar, ó informándome si sería bien hacer la cruzada en este momento y semejantes cuentos de saltimbanquis.»

Todo venia en ayuda del duque de Valentinois para hacer que consiguiese sus audaces proyectos. Se había casado con una hija del rey de Navarra y dió en matrimonio á Alfonso de Este, á su hermana Lucrecia. Esta mujer, deshonrada con lubricas hazafias y un doble incesto, recibió de Alejandro VI la autoridad suprema, para gobernar á Roma, cuando fué á sitiar á Sermoneta. Habitaba en los aposentos del pontífice, abría los despachos, y despachaba los negocios con el consejo de los cardenales. De esta manera era como la torpeza estaba triunfante en primera fila, y el crimen erigido en ciencia. El duque de Valentinois, que debió admirarse de aquellos para quien el éxito es todo, declaró que quería arrojar de los Estados pontificios á los tiranos y á las facciones; envió á Roma para hacerle estrangular allí á Astor Manfredi, que se había entregado á él bajo su palabra. Pidió, con pretexto de sitiar á Camerino, tropas y artillería al duque de Urbino; pero cuando las tuvo en su poder, cayó sobre este príncipe, y se apoderó, de un sólo golpe, de cuatro ciudades y trescientos castillos. Atacó después á Camerino, entró allí por traición é hizo degollar al duque y á sus hijos.

**San Marino.**—Marino, picapedrero dalmata, que se dirigió en el siglo IV al monte Titan, cerca de Urbino, decidió pasar una vida solitaria y religiosa, y algunos de sus compañeros fundaron allí una república compuesta de gente industriosa, pacífica, moral, que subsiste hace 13 siglos. En los tiempos antiguos Pindiniso, villa de los eleuterocilicios, situada en una altura inexpugnable, había sido respetada por todos los conquistadores, hasta por Alejandro. Napoleon respetó á San Marino. Esta república compró en 1100, al conde de Montefeltro, el castillo de Pennasola; en 1170, el de Casolo, y se sostuvo en medio de los papas, de los obispos de Montefeltro, de los Malatesta, de Rimini y de los Carpegna. En 1460 obtuvo de Pio II, en cambio de la asistencia que había recibido contra los Malatesta, los cuatro castillos de Serravallo, Factano, Mongiardino y Fiorentino: de todos modos pronto volvió á su primitiva humildad. Entonces fué también ocupado por César Borgia; pero sacudió el yugo, y ha conservado hasta nuestros días su irreprochable libertad (12).

Amenazados los países comarcanos por las invasoras armas de Borgia, reclamaban el socorro de Luis XII, pero el cardenal Amboise, alma de sus

(12) Los florentinos escribían el 2 de junio de 1469 á los habitantes de San Marino lo que sigue: «Conocemos vuestra fe, vuestra generosidad y la grandeza de vuestras almas... Debeis conservar vuestro valor firme y constante, y perder la vida juntamente con la libertad; que al hombre acostumbrado á vivir libre, le está mejor morir que ser esclavo. Dios, que ama la libertad, os ayudará.» Y Julio II les decía: *Hortamur ut forti et magno animo sitis, considerantes nihil dulcius aut utilius esse libertate.* DELPICO. Docum. p. 61, 88.

consejos, que aspiraba á la tiara, acariciaba á Alejandro VI, con el objeto de que le asegurase mayor número amigos de en el sacro colegio. Seríamente ocupada Venecia con los turcos, no podían reprimir ni la ambición de los Borgias, ni la invasión de los españoles y franceses, que dejaban á la república el cuidado de defender sola la civilización. En Florencia, ciudad rodeada de avaros enemigos, y de amigos débiles, todo era confusión y provisional, por la inestabilidad del gobierno con el cual era imposible tanto dirigirse tras largas previsiones, como conservar un secreto. *Es preciso que os envíe á los Médicis*, decía Petrucci á los embajadores florentinos *porque sin ellos no curareis*; y muchos ciudadanos proponían llamarlos. Se adoptó no obstante el partido de elegir un gonfalonero vitalicio, y la elección recayó en Pedro Soderini, hombre muy débil para la gravedad de las circunstancias.

Envió al papa á Juan Vettori, y al duque de Valentinois á Nicolás Maquiavelo, que de esta manera pudo ver de cerca á aquel astuto político (13), de quien se formó el ideal de un nuevo tirano. Ambos estaban preocupados con la misma idea: la necesidad de reunir la Italia bajo una sola dominación, y la convicción de que sólo las obras del león no bastaban para conseguirlo, sino que eran preciso las de la zorra. Esto es lo que Maquiavelo enseñó en todos sus libros. Quiso el duque de Valentinois ponerlo en ejecución; y después de haber ocupado la Romagna y el Lacio con una porción de la Toscana, ambicionaba el reino de Nápoles, esparándolo todo del apoyo paterno, de su propia fuerza y de la perfidia. Pero ocultaba el secreto de los medios que se proponían emplear,

(13) Maquiavelo nos informa de las fuerzas y esperanzas de César Borgia: «Envío á don Miguel Corelia su guerrillero provisto de dinero para reclutar cerca de 1,100 infantes, que se encontraban con los hombres de armas, y hoy tiene á sueldo á unos 800 infantes de Val de Lamona, y los manda en aquella dirección. Ni al presente se encuentran más que unos 2,500 infantes asalariados; y les han quedado de hombres de armas unas 100 lanzas de sus nobles, los cuales podrían poner en pie de guerra, reuniendo la gente de sus haciendas más de 4,000 caballos. Tiene además tres compañías de 50 lanzas cada una, á las órdenes de tres jefes españoles, que están bastante disminuidas por haber permanecido mucho tiempo sin paga. La gente de á pie y de á caballo que trata de alistarse nuevamente, y los favores que espera, son éstos. Ha enviado á Rafael de los Pazzi á Milan para tomar á sueldo 500 gascones de los aventureros que se encuentran en Lombardia: ha mandado un hombre práctico á Suiza para alistar allí 1,500; pasó revista hace cinco días á 6,000 infantes escogidos entre sus vasallos, que puede tener reunidos en dos días. En cuanto á los hombres de armas y á la caballería ligera, ha decretado que todos los que pertenezcan á sus Estados vayan á encontrarle, y á todos da recaudo. Tiene tanta artillería y en tan buen orden, como casi el resto de Italia. A menudo van correos y emisarios á Roma, Francia y Ferrara, y de todos espera alcanzar el objeto de sus deseos.»

y Maquiavelo, á pesar de su gran habilidad, quedó confundido delante de aquel hombre impenetrable de quien no sabía decir otra cosa, sino que era reservadísimo (14).

No se atrevió Florencia á unirse abiertamente á los capitanes aventureros y á los señores que se habían reunido en dieta en Magione en el territorio de Perusa, para tratar de los medios de reprimir la ambición de César Borgia. El mismo Maquiavelo fué encargado de «ofrecerle asilo y asistencia contra aquellos nuevos enemigos;» lo cual le permitió, contemporizando, turbar su unión y sacrificarlos. Con ayuda de una larga serie de tratados falaces y protestas astutas, atrajo á Sinigaglia á Oliverotto de Fermo, á Vitellozzo, á Pablo y Francisco Orsini, que fueron cogidos y asesinados, pagando de esta manera con su sangre la indiscreción de entregarse á la fe de otro, cuando ellos mismos no habían conservado nunca la suya (15). Al mismo tiempo Alejandro VI hacía poner preso en Roma al cardenal Orsini con los demás miembros de aquella familia. El primero fué envenenado, sus parientes condenados, y Borgia se apoderó de sus fortalezas. Por todas partes quedaron desanimados los grandes; el pueblo, que detestaba á aquellos capitanes aventureros, convertidos en príncipes á sus espensas, se regocijó de su caída con la esperanza de recobrar su tranquilidad (16).

(14) «Jamás se hablan allí las cosas que deben callarse, gobernándose con un secreto admirable.» *El mismo.*

(15) «Esta mañana, desde temprano marchó S. E. el duque con todo el ejército, y vino á Sinigaglia, donde estaban todos los Orsini y Vitellozzo, que le habían ganado este país. Le rodearon, y habiendo entrado con ellos en la ciudad, se volvió á su guardia é hizo que ésta los prendiera á todos. En mi dictámen no llegarán á mañana vivos.» MAQUIAVELO, *Carta* de 31 de diciembre de 1502. Refiere luego extensamente el hecho, y sin una palabra de desaprobación. Al contrario, poco después escribía á la señoría florentina: «Todos aquí empiezan á maravillarse de que vuesañorías no hayan escrito ó hecho entender alguna cosa á este príncipe en congratulación de lo que se ha ejecutado de nuevo en vuestro beneficio, por lo cual piensa que toda la ciudad debe estarle obligada, diciendo que hubiera costado á vuesañorías destruir á Vitellozzo y á los Orsini 200,000 ducados, y que á pesar de este sacrificio no hubieran podido conseguir un éxito tan completo por su señoría.»

(16) Guicciardini escribe: «Aun después de la caída del duque de Valentinois, aquella provincia continuaba quieta y sumisa, habiendo conocido por experiencia, cuánto tolerable estado era para ella servir toda junta bajo un señor solo y poderoso, que obedecer, como antes, cada cual á un príncipe particular, el cual no la podía defender, á causa de su debilidad, ni hacerle bien, á causa de su pobreza; por el contrario, no bastándole sus pequeñas rentas para sostenerse, se veía obligado á oprimir á los súbditos. Los hombres se acordaban aun de que la autoridad y grandeza del duque no menos que la administración sincera de la justicia, habían alejado de aquel país los tumultos de los partidos, que anteriormente le atormentaban á menudo; con lo cual se había captado el afecto de los pueblos, ayu-